



ANTOLOGÍA DE LA CRÍTICA Y DEL ENSAYO LITERARIOS EN BOLIVIA

ANTOLOGÍA DE LA CRÍTICA
Y DEL ENSAYO LITERARIOS
EN BOLIVIA





Antología de la crítica y del ensayo literarios en Bolivia

Mauricio Souza Crespo
Estudio introductorio
y antologador



Antología de la crítica y del ensayo literarios en Bolivia / antología y estudio
introdutorio por Mauricio Souza Crespo; [autores. Gabriel René-Moreno... *et al.*]
– La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2022.

758 p.; 23 cm. – (Biblioteca del Bicentenario de Bolivia; 130) (Letras y Artes)

ISBN 978-99974-25-70-3 (tapa dura)

ISBN 978-99974-25-67-3 (tapa rústica)

1. Bolivia – Antropología 2. Bolivia – Historia regional I. Souza Crespo,
Mauricio, antología y estudio introductorio II. Vicepresidencia del Estado
Plurinacional, ed. III. Título.

1.ª edición: La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2022

Edición: Mauricio Souza Crespo

Cuidado de edición: Hugo Montes Ruiz y Virginia Ruiz Prado

Diseño y diagramación: Jose Fuentes Arzabe

Gestión editorial: Jaime Herrera Bellott

Imagen de portada: xxxxxx

Derechos de la presente edición, noviembre de 2022

© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia

Calle Mercado N.º 308

La Paz, Bolivia

(591 2) 2142000

Casilla N° 7056, Correo Central, La Paz

Los derechos morales de las obras contenidas en el presente libro pertenecen a los autores,
herederos, causahabientes y/o cesionarios, según sea el caso.

Primera edición en esta colección: noviembre de 2022

500 ejemplares

DL: 4-1-272-2022 P.O. (TAPA DURA)

DL: 4-1-271-2022 P.O. (TAPA RÚSTICA)

Impreso en Bolivia

Este libro se publica bajo licencia de Creative Commons:

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Esta licencia permite a otros crear y distribuir obras derivadas a partir de la presente obra de modo
no comercial, siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada, y se licencien las
nuevas creaciones bajo las mismas condiciones.

Índice

PRESENTACIÓN	[13]
Estudio introductorio <i>HACIA UNA HISTORIA CRÍTICA DE LA CRÍTICA LITERARIA EN BOLIVIA</i> POR MAURICIO SOUZA CRESPO	[15]
Sobre esta edición	[51]

ANTOLOGÍA DE LA CRÍTICA Y DEL ENSAYO LITERARIOS EN BOLIVIA

PARTE I

Entre la violencia y la letra: Gabriel René-Moreno y el cuerpo ausente de la literatura (1825-1890)

1 Discurso sobre la literatura [1834] José Joaquín de Mora	[57]
2 Literatura [1861] Manuel José Cortés	[63]
3 Algunas ideas sobre la literatura de Bolivia [1863] Manuel María Caballero	[67]
4 Introducción al estudio de los poetas bolivianos [1864] Gabriel René-Moreno	[75]
5 Fúnebres [1873] Gabriel René-Moreno	[79]
6 Prólogo: <i>Matanzas de Yáñez</i> [1886] Gabriel René-Moreno	[91]
7 <i>El gaucho Martín Fierro</i> [1881] Pablo Subieta	[95]
8 Escritores en prosa [1883] Santiago Vaca Guzmán	[99]

- 9 Una ligera explicación [1888]
Emeterio Villamil de Rada [107]
- 10 Un libro más [1888]
Joaquín de Lemoine [111]

PARTE II

Entre las letras y su sociedad: La crítica del modernismo (1890-1925)

- 11 El modernismo en América [1898]
Francisco Iraizós [119]
- 12 Otro modernista boliviano [1898]
Daniel Sánchez Bustamante [123]
- 13 Rubén Darío [1916]
Ricardo Jaimes Freyre [127]
- 14 *La lengua de Adán* [c. 1930]
Bautista Saavedra [135]
- 15 Prólogo: *Antología boliviana* [1906]
Arturo Oblitas Fernández [145]
- 16 Horacio y el arte lírico [1915]
Franz Tamayo [153]
- 17 A propósito de la crítica de “Alberto López” [1905]
Armando Chirveches [157]

PARTE III

Entre la sociedad y su historia: Carlos Medinaceli y las gestas del nacionalismo (1925-1965)

- 18 Literatura nacional: Daniel Calvo [1922]
Ignacio Prudencio Bustillo [165]
- 19 *Itinerario espiritual de Bolivia* [1933]
José Eduardo Guerra [173]
- 20 Chaupi p'unchaipi tutayarka [c. 1940]
Carlos Medinaceli [181]
- 21 Los prosistas bolivianos en la época del modernismo [1940]
Carlos Medinaceli [187]

- 22 El dandysmo y la personalidad de Alberto de Villegas [1936]
Roberto Prudencio [193]
- 23 *Nacionalismo y coloniaje*: Filiación de este libro [1944]
Carlos Montenegro [201]
- 24 Consideraciones preliminares:
Historia de la literatura boliviana [1943]
Enrique Finot [207]
- 25 El drama del escritor bilingüe [1941]
Adolfo Costa du Rels [213]
- 26 Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas [1947]
Gustavo Adolfo Otero [219]
- 27 El runasimi [1947]
Jesús Lara [227]
- 28 El hombre y la naturaleza en la novelística
de don Jaime Mendoza [1950]
José Enrique Viaña [233]
- 29 Para una literatura nacional [1954]
Fernando Diez de Medina [241]
- 30 Los realistas (1905-1932) [1955]
Augusto Guzmán [249]
- 31 En torno a la alquimia del Padre Barba [1952]
Humberto Vásquez Machicado [253]
- 32 La novela de masas y una novela de Óscar Cerruto [1940]
Augusto Céspedes [257]
- 33 La traición del inconsciente:
Las tres Claudinas, y una cuarta, en la literatura boliviana [1951]
Enrique Vargas Sivila [263]
- 34 Carlos Medinaceli [1955]
Porfirio Díaz Machicao [273]
- 35 *Belzu, precursor de la Revolución Nacional* de Fausto Reinaga [1954]
Juan Quirós [277]
- 36 Ricardo Jaimes Freyre [1960]
Guillermo Francovich [283]
- 37 Estructura formal de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* [1965]
Gunnar Mendoza [287]

- 38 ¿Qué es un escritor?
Fausto Reinaga [295]
- 39 El modernismo [1975]
Óscar Cerruto [301]
- 40 Noticia sobre la poesía boliviana en el siglo XIX [c. 1965]
Yolanda Bedregal [307]

PARTE IV

Entre la historia y sus formas: Las discretas disciplinas de la crítica profesional (desde 1955)

- 41 *Borges, enigma y clave* [1955]
Marcial Tamayo y Adolfo Ruiz-Díaz [315]
- 42 *Notas a Juan de la Rosa* [1956]
Guillermo Lora [319]
- 43 *Buscando el De profundis* de una generación [1961]
Sergio Almaraz [327]
- 44 *En torno a Gabriel René-Moreno* [1961]
Enrique Kempff Mercado [333]
- 45 *Los mitos ávidos de Sangre de mestizos* [1963]
René Zavaleta Mercado [337]
- 46 *Interpretación y análisis de Juan de la Rosa* [1966]
Wálter Navia Romero [341]
- 47 *El cuento modernista en Bolivia* [1972]
Carlos Castañón Barrientos [347]
- 48 *Colores, olores, ruidos* [1969]
Jorge Siles Salinas [355]
- 49 *La Antígona* de Sófocles [1983]
Leonardo Soruco Rivero [361]
- 50 *Panorama de la narrativa boliviana contemporánea* [1975]
Pedro Shimose [371]
- 51 *La poesía de Hispanoamérica* [1978]
Óscar Rivera-Rodas [385]
- 52 *Estructuración crítica de Pueblo enfermo* [1978]
Juan Albarraín Millán [395]

- 53 La literatura política de Augusto Céspedes [1979]
Renato Prada Oropeza [401]
- 54 Los versos de los poetas románticos [1988]
José Luis Roca [407]
- 55 Bases para el estudio de las letras bolivianas [1987]
Adolfo Cáceres Romero [411]
- 56 *Invitación al estudio de las letras de Charcas* [1990]
Josep Barnadas [421]
- 57 Pelos hirsutos y manos regordetas:
Lo cholo entre los intelectuales [2009]
Salvador Romero Pittari [429]
- 58 La estética de la lengua aymara [1992]
Xavier Albó y Félix Layme [437]

PARTE V

Entre las formas y su teoría: La era de las hipótesis académicas (desde 1975)

- 59 Retorno y dispersión en *La Chaskañawi* [1977]
Luis H. Antezana [445]
- 60 Canciones chimane [1983]
Luis H. Antezana [457]
- 61 Propuestas para un diálogo
sobre el espacio literario boliviano [1985]
Blanca Wiethüchter [467]
- 62 Los principios éticos de una vida y una obra [1986]
Blanca Wiethüchter [477]
- 63 Óscar Cerruto: La soledad del poder [1984]
Eduardo Mitre [483]
- 64 Ricardo Jaimes Freyre: La escritura del eco [1994]
Eduardo Mitre [493]
- 65 Los primeros años del teatro boliviano [1980]
Óscar Muñoz Cadima [513]
- 66 Estetizando la política:
Visión, disciplina y disenso alegórico [2005]
Javier Sanjinés C. [519]

- 67 Indios, criollos y fiesta barroca en la *Historia de Potosí* de Bartolomé Arzáns [1995]
Leonardo García Pabón [523]
- 68 Prólogo. *Juan de la Rosa* [2005]
Alba María Paz Soldán [545]
- 69 Introducción general:
Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia [2002]
Alba María Paz Soldán y Blanca Wiethüchter [559]
- 70 La ciudad periférica
(acerca de la nueva narrativa boliviana) [1997]
Juan Carlos Orihuela [569]
- 71 Convite: *De mestizajes, indigenismos, neoindigenismos y otros* [2008]
Rosario Rodríguez Márquez [579]
- 72 Naturaleza y nacionalismo [1997]
Josefa Salmón [585]
- 73 Notas en torno a *Sangre de mestizos* de Augusto Céspedes [1985]
Rubén Vargas [591]

PARTE VI

Entre la teoría y sus escrituras (desde el 2000)

- 74 Apuntes sobre el afuera: *K'ita, puruma* y literatura [2014]
Juan Cristóbal Mac Lean [601]
- 75 La india que da risa [2011]
Gilmar Gonzales Salinas [607]
- 76 *Íntimas* de Adela Zamudio [2012]
Virginia Ayllón [613]
- 77 Periódicos e historias literarias [2018]
Fernando Unzueta [619]
- 78 Conspiración, moral y demolición:
"El demoledor" de Arturo Borda [2004]
Ana Rebeca Prada [627]
- 79 La vanguardia plebeya del Titikaka [2015]
Elizabeth Monasterios [633]
- 80 Hacia una caracterización de la poesía charqueña
(inicios del siglo XVII) [2012]
Andrés Eichmann Oehrli [639]

81	Los cuentos de escritores de Henry James [2010] Wálter I. Vargas	[645]
82	Apuntes sobre la poética de Jesús Urzagasti [2012] Juan Carlos Ramiro Quiroga	[653]
83	Dura lex [2003] Marcelo Villena Alvarado	[657]

BIBLIOGRAFÍAS

	Noticia bibliográfica de los textos antologados	[669]
	Bibliografía general sobre literatura boliviana	[681]
	La crítica de la literatura en Bolivia (1834-2022): Bibliografía mínima por autores	[715]
	Nota biobibliográfica sobre el antologador	[769]



Presentación

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Bolivia cumplirá 200 años de vida independiente en 2025. La preparación de tan importante aniversario ha dado pie a varios proyectos políticos y culturales; entre ellos, el mayor emprendimiento editorial del Estado: la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB). 200 títulos, repartidos en las cuatro series, forman su colección: Historias y geografías; Letras y artes; Sociedades; y Diccionarios y compendios. Cada uno de estos libros fue ardua y responsablemente discutido y consensuado por especialistas reconocidos en las áreas que abarca la Biblioteca, de abril a diciembre de 2014. Desde entonces, los libros están siendo editados para constituir esta Biblioteca de y para todos los bolivianos. Como toda selección, no está exenta de polémica por ausencias o demasías; el mismo hecho de que se piense y discuta sobre los títulos es ya un logro para la vocación dialógica de este proyecto cultural.

Desde su génesis, en la BBB han participado académicos y expertos de diversas disciplinas y múltiples contextos. En la selección de los títulos, en la elaboración de las antologías o en la escritura de los estudios introductorios se reconocen tantas voces y evocaciones que aportan a la Biblioteca la que es, quizá, una de sus mayores cualidades: la pluralidad. Las obras que constituyen la BBB atraviesan el tiempo y el espacio, transitan siglos, un viaje ineludible; abarcan geografías e ideologías, escriben bolivianos y extranjeros; son una mirada caleidoscópica que puede inspirarnos para conocernos mejor, un espejo que nos permite mirarnos de cerca, de lejos, desde varias perspectivas.

Entre el afán educativo y la vocación lectora, la BBB ha consolidado un espacio en el imaginario y en la agenda de muchos lectores, pero son más a los que queremos llegar. Aumentar el número de lectores, mejorar la calidad de la lectura, agudizar el pensamiento crítico o desarrollar la sensibilidad estética pueden parecer objetivos difíciles, incluso en países con mayor tradición editorial, pero son el desafío que se ha planteado la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. Es nuestro anhelo que este proyecto siga adelante, se consolide y crezca. 200 libros para los 200 años es un eslogan atractivo, mas no tiene por qué ser un límite, sino un punto de partida. Por lo pronto, editar esos libros y publicarlos es la gran responsabilidad que asumimos con los lectores que tenemos y con los que esperamos.

Estudio introductorio

Hacia una historia crítica de la crítica literaria en Bolivia

Mauricio Souza Crespo*¹

ELOGIO DE LA CRÍTICA LITERARIA EN BOLIVIA

No son pocos los persistentes prejuicios que entorpecen la consideración de la historia de la crítica literaria en Bolivia. A las dificultades y desacuerdos en la comprensión de este género –pues para cada quien la crítica es algo distinto–, hay que añadirle el peso de una larga y conocida lista de ideas recibidas: la noción, entre torpe y rencorosa, que ve en el crítico a un parásito textual (pues se ocupa de escribir no sobre el mundo, sino sobre textos ajenos); la expectativa, incluso hoy frecuente, de que la crítica sea una herramienta de promoción y difusión de las letras nacionales; la certeza de que los textos críticos deben ser solo evaluaciones –mejor si periodísticas– de la relativa calidad de aquello que interpretan; las sospechas sobre la inexistencia de aquello que se desconoce; etc.

* Mauricio Souza Crespo es por ahora catedrático de la Carrera de Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés y fue por casi una década director editorial de Plural editores. Además, y por más de treinta años, ha trabajado o colaborado en medios de prensa. Ha publicado dos libros –*Lugares comunes del modernismo* (2003) y *Después de Sanjinés: Una década de cine boliviano* (2018; segunda edición, 2022)– y sus ensayos y artículos han aparecido en revistas especializadas de varios países. Fue editor general de la colección *15 Novelas Fundamentales* del Ministerio de Culturas del Estado Plurinacional de Bolivia (2012). Es el responsable, entre otras, de las ediciones y estudios introductorios de: *Obra poética y narrativa* de Ricardo Jaimes Freyre (2005), *Obra completa* de René Zavaleta Mercado (tres tomos, cuatro volúmenes: 2011-2015), *Ensayos escogidos* de Luis H. Antezana (2011), *La lengua de Adán* de Emeterio Villamil de Rada (2016), *Paquito de las Salves de Marceliano Montero* en la versión de Jorge Suárez (2022) y *Últimos días coloniales en el Alto Perú* (2022) de Gabriel René-Moreno.

Se puede, por supuesto, en un afán aclaratorio y polémico, decir lo contrario a estos prejuicios: que la literatura boliviana no existiría –como tal, esto es, como “literatura boliviana”– sin la crítica que la acompaña y organiza; que las inmediatas y breves tareas evaluativas del periodismo son lo menos memorable de una tradición que encuentra su mejor definición en monografías de mediano aliento y en la sociología e historiografía literarias; que la promoción y difusión es una actividad a la que la crítica poco o nada puede contribuir y en la que hemos fracasado por otras razones (la principal: el escaso interés de nuestra “clase letrada paraestatal” por las letras y de nuestros movimientos nacional-populares por la lectura); y que la crítica literaria no solo sí existe en Bolivia, sino que deja entrever –acaso más que en otros géneros– un corpus textual inmenso, exuberante, a ratos excepcional.

O se podría responder a los prejuicios que he nombrado con un ejemplo de didáctica claridad, proporcionado además por el santo patrono de esta antología y de este antologador: Gabriel René-Moreno (1836-1908). El mayor escritor boliviano del siglo XIX, René-Moreno, no fue novelista ni poeta ni dramaturgo: fue crítico y lector de textos ajenos (poemas, gacetas, documentos). Lo que leyó sobrevive –y en parte lo seguimos leyendo– porque él lo leyó antes. “Promocionó” la literatura boliviana –sin duda– pero a contrapelo de una clase letrada apenas interesada en ella: para René-Moreno, leer fue un acto solitario de preservación y cuidado de la memoria de muertos. Aunque evaluativo (e inmisericorde), el genio de sus textos críticos radica en otra parte: en su capacidad de producir categorías y herramientas de lectura. Fue él quien describió por primera vez *la ciudad letrada*, un dominio gremial con sus propios usos y costumbres; o el que conjeturó la existencia de una *literatura sepulcral* o funeraria boliviana, entregada, decía, al mismo impulso que animaba a las constituciones políticas en este país: el de la “fragilidad, muerte y disolución” (pág. 87);² el que pensó que había que leer los textos –incluso los malos– como si fueran “jirones del aliento social” (pág. 92); el que postuló la necesidad de reconstruir el “consorcio de circunstancias” (o totalidad) de una lectura. Y que dejó una obra considerable y aún inexplorada: decenas de ensayos y centenas de notas “bibliográficas” en los que abundan la lucidez y el genio.

2 Buena parte de las referencias en estas notas sobre la historia de la crítica literaria en Bolivia remiten a los textos antologados en este mismo volumen. Se indica, en esos casos, solo el número de página.

SOBRE LA CRÍTICA LITERARIA EN BOLIVIA

No existe ninguna antología anterior de la crítica literaria en Bolivia. Quizá porque no se considera a este género un género. O tal vez porque los críticos de literatura –los llamados a hacer esos trabajos– no están acostumbrados aquí a hablar de su propio oficio ni de sus colegas. Los pocos breves estudios generales y sintéticos sobre la crítica literaria en Bolivia oscilan entre dos extremos: a) el listado o censo irrestricto de críticos y b) el señalamiento de figuras “emblemáticas y señeras”, encarnación rápida de algún tipo de noción, gesto o idea de la práctica crítica. Estos dos tipos son útiles de diferente manera.

Del primer tipo, por ejemplo, es representativo el texto temprano de Carlos Castañón Barrientos “Nuestra crítica literaria actual” (1966). Luego de declarar el magisterio de René-Moreno y Carlos Medinaceli, Castañón pasa a hacer una detallada revista de la obra de los críticos de literatura entonces en ejercicio: nada menos que algo más de 50. Del segundo tipo, es indicativo el texto de Leonardo García Pabón “Aproximación a la crítica literaria en Bolivia de 1960 a 1980” (1985). En él, García Pabón está más interesado en explicar tendencias e ideas generales que en hacer un censo minucioso de la crítica de esos años.

Estos acercamientos son útiles pero insuficientes para empezar siquiera a enfrentar un corpus textual inmenso, casi inmanejable. Porque la crítica literaria es quizá –junto a la poesía– el género más practicado en la historia de nuestras letras. Una idea aproximada la ofrece, para el período 1960-1985, la bibliografía sobre “ensayo” de Wilma Torrico (1985). Es posible que nos hagamos una idea más precisa de las magnitudes en juego al considerar que hemos seleccionado en esta antología –y ejerciendo cortes temporales y difíciles exclusiones injustas– más de 80 textos de casi 80 autores. Y que nuestra bibliografía mínima –que se sabe selectiva, incompleta y provisional– de la crítica literaria en Bolivia reúne a más de 170 autores y más de 700 textos.

A lo dicho, añado una consideración más: este corpus es, al igual que tantos de la literatura boliviana, un corpus disperso. Nuestra crítica es en buena medida una crítica publicada en revistas y suplementos (como en todo el mundo, habría que añadir). Pero no tenemos índices de la mayoría de las principales revistas y suplementos literarios de nuestra historia (los hay de las revistas *Kollasuyo* [1939-1974] y *Khana* [1953-2008]). Tampoco hay colecciones completas de algunas de esas revistas y suplementos. De hecho, hay críticos fundamentales cuya obra está todavía a la espera de un compilador: Julio Lucas Jaimes, Armando Chirveches, Pedro Shimose, por ejemplo, e

incluso el mismo Medinaceli solo recientemente ha encontrado la suya.³ En suma, el corpus de la crítica en Bolivia es también un corpus ausente.

También queda por hacerse el trabajo crítico de reconstrucción de la historia institucional de la crítica en Bolivia (aunque, en ello, los estudios de Salvador Romero Pittari [1998; 2009] son los primeros avances). Las preguntas son muchas; de hecho, son más que suficientes para mantener ocupada en su investigación toda una vida: ¿Cómo y dónde se ha publicado la crítica literaria en Bolivia a lo largo de su historia republicana? ¿Qué diferencias hay y hubo entre la crítica publicada en periódicos y la aparecida solo en libros y revistas especializadas? ¿Cuáles son nuestros clásicos literarios desde el punto de vista de su recepción crítica (cantidad y calidad de estudios y reseñas que provocaron)? ¿Qué funciones tuvieron algunos suplementos literarios, revistas y libros específicos entre 1825 y 2021? ¿Qué grupos informales, asociaciones, movimientos generacionales, bohemias contribuyeron a esta historia? ¿Qué redes intelectuales regionales y transnacionales son rastreables? ¿Qué papel cumplieron las universidades en la configuración de la crítica en Bolivia? ¿De qué han vivido los críticos? ¿Qué y dónde estudiaron? ¿Qué teorías, ideas y autores “de apoyo” se citan y usan con más frecuencia según los diferentes momentos intelectuales de esta tradición? ¿Qué relaciones de lectura son verificables entre una generación y las otras? ¿En qué lugares se ha hecho la crítica?

UNA BREVE HISTORIA DE LA CRÍTICA EN BOLIVIA (SEGÚN LOS TEXTOS DE ESTA ANTOLOGÍA)

En principio, propongo aquí una organización y periodización de la historia de la crítica literaria en Bolivia que, además de consideraciones generacionales, responde –emulando esfuerzos similares– a una *idea crítica*. Esa idea, bastante simple, es la siguiente: *la de una definición epocal a partir de las tensiones, no unánimes pero sí dominantes, entre reclamos intelectuales de difícil conciliación.*

Son estos los períodos que identifico:

1. Entre la violencia y la letra: Gabriel René-Moreno y el cuerpo ausente de la literatura (1825-1890).

3 Véase la compilación y edición de Ximena Soruco Sologuren: Carlos Medinaceli, *Obra completa*. Tomo 1: *Ensayos reunidos (1915-1930)*. La Paz: Carrera de Literatura / III. / Plural editores, 2021.

- II. Entre las letras y su sociedad: La crítica del modernismo (1890-1925).
- III. Entre la sociedad y su historia: Carlos Medinaceli y las gestas del nacionalismo (1925-1965).
- IV. Entre la historia y sus formas: Las discretas disciplinas de la crítica profesional (desde 1955).
- V. Entre las formas y su teoría: La era de las hipótesis académicas (desde 1975).
- VI. Entre la teoría y sus escrituras: Hacia una literatura *k'ita* (desde el 2000).

PARTE I

ENTRE LA VIOLENCIA Y LA LETRA:

GABRIEL RENÉ-MORENO Y EL CUERPO AUSENTE DE LA LITERATURA (1825-1890)

“La ficción, señores, es necesaria a nuestra flaqueza”, declaraba entusiasmado el exilado español José Joaquín de Mora el 5 de diciembre de 1834 al inaugurar la cátedra de literatura de la Universidad Mayor de San Andrés (pág. 60). La literatura –insistía– no es un pasatiempo ni una frivolidad, sino un “intérprete” imprescindible de “los prodigios” del mundo, una herramienta de civilidad que el Gobierno de Andrés de Santa Cruz debía cultivar y promover a través de la educación pública (pág. 58).

El entusiasmo letrado de Mora no será ni duradero ni contagioso: apenas tres décadas después, los fundadores de la crítica literaria en Bolivia –Manuel José Cortés, Manuel María Caballero, René-Moreno– parecen haberlo perdido por completo, concentrados acaso en responder a la que percibían una urgente tensión entre la melancólica tragedia de la vida social –con sus violencias políticas rutinarias y a veces campales– y la posibilidad misma de una literatura boliviana, de cuya existencia no se tenían sino dudas. Al igual que a otros ensayistas latinoamericanos de la época, a estos escritores no los preocupaba –a la manera de Mora– la definición abstracta de los dones civilizatorios de la letra sino específicas preguntas sobre su naturaleza y función en tierras americanas: ¿En qué lengua debía hablar esta nueva literatura? ¿De qué debía hablar? ¿Qué sociedad la haría posible? ¿Qué géneros y formas textuales eran imaginables en ese lugar y en ese tiempo? ¿Existía una literatura boliviana? ¿Llegaría a existir?

El cotagaiteño Cortés, por ejemplo, propone ya en 1861, en una breve y contradictoria sociología de las letras nacionales, nociones generales de

duradera influencia, casi lugares comunes de nuestra tradición crítica: señala el modesto dominio, en el incipiente sistema de las letras bolivianas, de la poesía lírica, por ejemplo; o conjetura la improbabilidad social de algunos géneros (la comedia, dice, requiere de grandes ciudades, que no tenemos); o denuncia los terribles perjuicios de nuestro afán imitativo; o reconoce en la política la gran enemiga institucional de las letras.

El vallegrandino Caballero, apenas dos años después –en la revista *La Aurora Literaria* (Sucre, 1863-1864)–, amplía, matizándolas, algunas de las ideas de Cortés: repite, por ejemplo, que *el plagio* de formas ajenas sofoca nuestro desarrollo cultural y nos hace escribir –cual zombis– de “abrilés floridos” y “labios de coral” (pág. 71). Pero Caballero insinúa también algo más interesante: un sistema crítico, que llama la “utopía de la literatura en Bolivia” (pág. 72). Dos ideas son indispensables en su utopía: a) la necesidad de una literatura hecha no a partir de “reminiscencias de lecturas” sino de aquello que “nos rodea, nos toca y nos penetra” (pág. 74) (y de ahí que Caballero, a diferencia de la mayoría de nuestros críticos decimonónicos, sostuviera que la política era uno de los escasos impulsos vitales, honestos, de la literatura boliviana); y b) la dilucidación o elección de nuestra herencia cultural, del modelo de una filiación (algo que obsesionará luego a los críticos del nacionalismo). Sobre lo último su conclusión es de visible influencia en la crítica posterior: la literatura boliviana, si va a existir, no le deberá casi nada al pasado indígena precolombino –que, por la ausencia de escritura, para Caballero es un misterio irrecuperable– y romperá necesariamente con la herencia española, pues nuestra cultura es *un árbol que se nutre de otro suelo y de otros aires*. En suma, “no podemos ni debemos escribir como se habla y escribe en otras partes” (pág. 73). Emeterio Villamil de Rada, en cambio, por esos mismos años defiende la idea de que es precisamente el legado precolombino –el aymara, luego de su rescate filológico– el que definirá nuestro lugar en el mundo.

La pregunta insistente de *si existe una literatura boliviana* –pregunta que nuestros críticos no dejan de hacerse hasta entrado el siglo xx– es reemplazada, en la obra inaugural de Gabriel René-Moreno, por otra para él más urgente: *¿qué es lo que hace imposible la existencia de la literatura en Bolivia?* Su respuesta es directa: son el despotismo y la anarquía social los que impiden un sustento institucional mínimo para el florecimiento de las letras. En su formulación más fuerte, la del texto que funda –en mi opinión– la crítica en Bolivia, “Fúnebres” de 1873, René-Moreno describe, con algo de sorna, una especie de círculo vicioso y trágico: la tiranía y la violencia política producen los muertos que luego otros poetas se encargarán, en el cementerio, de homenajear en sus escritos; escritos que

quizá provocarán más muertes y, con ellas, más poesía. Estos escritores –dice René-Moreno– en realidad simplemente son un síntoma de las limitaciones de una sociedad no constituida: porque la literatura requiere de una sociedad civil no atravesada por la crisis, por la enfermedad. (En esta antigua polémica, otros –después– responderán que el caos o la decadencia sociales nunca han sido un impedimento de las artes).

Además de su fundacional pesimismo sobre la literatura en Bolivia, en “Fúnebres” René-Moreno establece un repertorio de gestos y actos que luego reproducirá, con menor claridad pero igual pasión, el crítico más importante de la primera parte del siglo xx, Carlos Medinaceli. Y René-Moreno lo hace modestamente, cual si lo suyo fuera –à la Borges– un comentario bibliográfico. En concreto: a) Advierte el desencuentro entre formas y contenidos en la literatura boliviana. Es decir, que la sociedad produce aquí contenidos y vitalidades que no son expresables en las formas y distinciones dominantes de la literatura europea. Este desencuentro puede ser productivo: nuestros contenidos acaban desencadenando una autonomía o genio formal. Si en Argentina Domingo Faustino Sarmiento escribe el inclasificable *Facundo* (1845) y en Brasil Joaquim Machado de Assis inventa una peculiar hechura novelesca en su *Brás Cubas* (1881), René-Moreno imagina –en el trabajo de su lectura– una forma a medio camino entre la oralidad y la escritura: los textos “fúnebres”, un “género sepulcral” (págs. 83-85). b) El ensayo crítico narra también *el trabajo del crítico*, el proceso por el que descubre o trama un género textual en su labor misma de rescate, recopilación y ordenamiento de papeles para su biblioteca. Hasta hoy, esa será una condición mínima y determinante de la crítica literaria en Bolivia: leer aquí es restituir un corpus textual disperso, mutilado o perdido. Luego Medinaceli describirá, también con sorna, su pelea con las mantequeras de Potosí por rescatar el papel de los archivos (como antes René-Moreno lo había hecho con su lucha contra la saliva humana y los *ancucus*).⁴ c) Para René-Moreno, el interés del corpus textual reconstituido no radica en su “calidad literaria” –aunque señalarla sea una de las funciones del crítico–, sino en que esos pedazos de escritura resucitados son “jirones del aliento social” y su lectura un acto de restitución.

Será Santiago Vaca Guzmán –en 1883 y desde la paz liberal posterior al desastre de la guerra del Pacífico– el que abandona la urgencia con que sus mayores habían abordado las letras en Bolivia y articula el que será

4 La batalla del lector con los *ancucus* –dulces envueltos en papel (florete catalán) proveniente de los archivos, según René-Moreno– se narra en “Los archivos históricos en la capital de Bolivia” de 1876.

un mantra del pensamiento liberal (dominante hasta entrado el siglo xx): los estamentos de la sociedad boliviana están llamados a cumplir tareas según sus innatas capacidades étnicas: indios y cholos se encargarán del trabajo –agrario y obrero, respectivamente–, mientras que la “clase culta de sangre española” será la natural “depositaria de las letras” (pág. 100). Franz Tamayo, en su *Creación de la pedagogía nacional* de 1910, repetirá ideas similares, aunque ya propuestas según la imagen de un mestizaje que combina –Frankenstein andino– esos “talentos étnicos” diferenciados.

Al final de este período, con los entusiasmos internacionalistas del modernismo, aparecerá una crítica literaria que se desentiende por completo de las angustias sobre la posibilidad de la literatura en Bolivia. Con Joaquín de Lemoine, por ejemplo, reseñador de libros según un nuevo impulso: la lectura ya es consumo personal, encuentro –biográfico y confesional– con un texto.

PARTE II

ENTRE LAS LETRAS Y SU SOCIEDAD:

LA CRÍTICA DEL MODERNISMO (1890-1925)

No pocos de los escritos crítico-literarios del período 1890-1925 parecen entregarse a la sospecha o ansiedad ya no de la *inexistencia* de la literatura boliviana –típica del período anterior– sino de su *crónico desencuentro con el mundo que la rodea*. En concreto, se denuncia –en los comentarios de Francisco Iraizós y Daniel Sánchez Bustamante aquí incluidos, por ejemplo– no solo una cultura letrada ajena a su entorno local –alienación que provoca poemas que son como “orquídeas en los Andes”, ironiza Iraizós (pág. 119)–, sino una literatura que, por su deseo mimético, daña o impide la reconstrucción de las relaciones orgánicas con nuestros *verdaderos orígenes nacionales*. La recepción del modernismo en Bolivia –por lo general hostil– se obstinará por ello en dos rechazos críticos: a) identifica, en la nueva literatura que llega de afuera, “formas inorgánicas”, o sea, separadas de los contenidos y modos de la vida local; b) conjetura que esas “formas de la inorganicidad” prosperan por el vacío creado por la “dislocación” –la palabra es de Arturo Oblitas (pág. 148)– de una filiación cultural genuina; a saber, por nuestra irreflexiva separación o rechazo de la herencia española.

La denunciada incompatibilidad entre los contenidos propios –lo que Iraizós llama “el genio americano”– y las seductoras formas ajenas conduce, en estos rechazos críticos del modernismo, a la inscripción de una serie de ideas complementarias de considerable influencia, ideas que

van bastante más allá de la mera denuncia del “carácter imitativo” de la cultura letrada boliviana. Se plantea, por ejemplo, que la *incongruencia con lo que lo rodea* produce entre nosotros un modernismo periférico y sin modernidad, aluvional, de formas fatalmente alejadas de su “substrato vital”. La opción, en este diagnóstico, de acudir a filiaciones alternativas es rápidamente descartada: en el mismo lenguaje de la organicidad, y con horror abyecto, Bautista Saavedra describe como “aborto híbrido muerto al nacer” o “epilepsia filológica” (pág. 141) la hipótesis genealógica nativista de Villamil de Rada –y su postulación del origen divino del aymara–. Oblitas, por su parte, desestima la viabilidad de la tradición oral quechua por la que considera su pobreza o irrealidad. En suma, la literatura boliviana, aunque existe, es una suerte de enfermedad o *impasse* biológico, atrapada entre tres destinos estériles: formas ajenas al medio (las del modernismo), tradiciones inviables (la aymara y la quechua) y el remanente, igualmente muerto, de una literatura contemplativa y quieta, absorta en la descripción del paisaje (y no de la sociedad).

Este *impasse* en la crítica de la literatura se resuelve en la obra de Ricardo Jaimes Freyre, Franz Tamayo y el grupo Palabras Libres (1905-1906). Y se resuelve por la reformulación de los propios términos del debate: se propone la directa inscripción de la literatura boliviana en una genealogía *literaria*, y no antropológica, definida por sus usos diferenciados del lenguaje. Tamayo, por ejemplo, en su magnífico ensayo *Horacio y el arte lírico* (1915), ve en las formas de la modernidad poética no recientes importaciones de Francia sino expresiones de la sensibilidad de la época. A la antigua lengua horaciana de las superficies y concreciones materiales del mundo –un arte visual–, los nuevos tiempos opondrán un arte verbal de la interioridad y la música, instrumento acaso adecuado para expresar “el genio racial” y despertar –dice Tamayo– “no se sabe qué energías” (pág. 156). Años antes, en 1905, Armando Chirveches había descrito y defendido a su grupo, Palabras Libres –del que también era parte Alcides Arguedas– como a un movimiento cultural que era “fecundo” precisamente porque rompía la conexión con una literatura española “detenida en 1830” y porque seguía e imitaba gozosamente a padres alternativos, maestros de una genealogía mundial (Flaubert, Zola, Whitman, Baudelaire).

Es Jaimes Freyre –a propósito de la muerte de Rubén Darío en 1916– el que irá más lejos en su respuesta a los supuestos *impasses* de la literatura hispanoamericana. En su explicación teórica de la “revolución modernista”, el lenguaje de los fracasos biológicos –con sus *formas inorgánicas* y sus *abortos*– será reemplazado por los fervores de *la reforma intelectual*; o sea, por el lenguaje religioso. Para empezar, la que estaba muerta o en crisis

hacia 1880 –dice Jaimes– era la literatura en lengua castellana, dominio estéril en el que oficiaban “sacerdotes sin genio” (pág. 128). La irrupción del modernismo –que no *deriva* sino que es *simultánea* a irrupciones parecidas en otras lenguas y en otros lados– es, en ello, una salvación: formula un nuevo lenguaje, un nuevo instrumento de conocimiento que –atento a las voces de la tradición– propugna una avidez cultural universalista y una aceptación celebratoria de la heterogeneidad del mundo. En ello, el poeta modernista no es un ecléctico –que superpone o costura, imitando, retazos de aquí y allá– sino un *alquimista*, un agente de la transfiguración de los contenidos del mundo en formas nuevas, *vagas y enigmáticas* (y ya no *inorgánicas y ajenas*), separadas por igual del “día clásico” y la “noche romántica”, cercanas a la fecunda indeterminación del crepúsculo. Así, en un tiempo de penumbras, el espíritu se hace cuerpo gracias a la intervención de un pequeño grupo de artífices de la palabra.

PARTE III

ENTRE LA SOCIEDAD Y SU HISTORIA:

CARLOS MEDINACELI Y LAS GESTAS DEL NACIONALISMO (1925-1965)

Un insistente y lúcido gesto historiográfico es dominante en la crítica de la literatura entre 1925 y 1965: pensar la cultura letrada en Bolivia exige –para estos críticos– repensar la sociedad que la produce; y repensar esa sociedad supone volver a narrar su historia. Son dos las maneras principales en que este fervor historiográfico se manifiesta: a) la propuesta –y puesta en práctica– de procedimientos de interpretación, claves de lectura que hacen legible y, al mismo tiempo, organizan la tradición; b) una continua sospecha de que la nuestra, por ahora y mientras que un *destino nacional* no sea buscado, es una cultura letrada de gran fragilidad, discontinua, casi imposible.

Los esquemas interpretativos de la cultura boliviana que esta época concibe son sin duda diversos y múltiples, aunque se suelen fatigar dos: las lecturas psicológicas de la cultura (las tesis de Alcides Arguedas, en *Pueblo enfermo* [1909], no son sino eso) y, también, la supeditación de las sensibilidades nacionales a una geografía o teoría del paisaje. Por su parte, los que se atreven a insinuar que quizá lo que defina nuestra cultura letrada sea su fracaso –por ejemplo, Medinaceli– suelen concentrarse en señalar la trágica contradicción en Bolivia entre la lógica de la supervivencia social y los requerimientos de la obra.

La psicología de autores y tradiciones es un gesto que explica un buen número de proyectos críticos de la época, aunque eso no signifique

que la psicología que manejan esos distintos proyectos sea la misma. Gustavo Adolfo Otero, por ejemplo, en su influyente retrato de la vida y obra de Arguedas (1948), propone, en tanto clave, una psicología mestiza no resuelta, torturada por reclamos incompatibles: Arguedas no es sino un “ciclotímico en plan de normalidad” (pág. 221). La figura del sujeto perseguido por los reclamos irreconciliables que se disputan su alma es también, en una versión ya obscena por su vulgaridad, la que Porfirio Díaz Machicao adopta en su acercamiento a la obra de Medinaceli, que lee desde una heterogeneidad chola que es ya degradación esquizofrénica: “Con luz de Occidente descubrió la tiniebla mestiza y con copla de cholos embriagó su ansiedad europea” (pág. 276).

En respuesta a estas tragedias de la escindida subjetividad nacional, habría que recordar a los críticos que celebraron su productiva irresolución: Adolfo Costa du Rels y su defensa del escritor que escribe en el intervalo agónico –la distancia– entre dos lenguajes (“El drama del escritor bilingüe” de 1941); o la iluminadora posibilidad –planteada por Enrique Vargas Sivila– de interpretar nuestra tradición por el retorno de lo reprimido: esas *Claudinas* que –apariciones fantasmales de una *madre* que no se quiere ir– regresan con el mismo nombre a los relatos de Jaime Mendoza, Costa du Rels y Medinaceli. Pero sobre todo es Gunnar Mendoza el que reivindica en la prodigiosa productividad de un estilo –el de Bartolomé Arzáns– lo que llama su “índole plural”. La “contigüidad” de lo diverso –historia y ficción, escritura y oralidad, moral y deseo– es en ese estilo el principio de una escritura que encuentra felizmente su forma: “la técnica de la superposición”.

El paisaje, en cambio, en tanto clave historiográfica y crítica, desencadenó más panoramas que lecturas concretas: es un gesto más bien clasificatorio y comparativo. Es José Eduardo Guerra su primer gran cultor en una preciosa descripción general de la literatura boliviana (del modernismo a la generación del Chaco), el *Itinerario espiritual de Bolivia* de 1934, una “geografía literaria” que elude la historia para entregarse a las “visiones subjetivas de la naturaleza”. Veinte años después, esta misma teoría deviene sistema en el *Literatura boliviana* (1954) de Fernando Diez de Medina, que reproduce con claridad y elocuencia lo que ya era para entonces un agotado lugar común: nuestra literatura es menos una historia que una geografía, dividida esta en montaña, valle y llanuras, con sus respectivos pueblos dominantes (aymaras, quechuas y “orientales”) y sus respectivos temperamentos (“rudos y beligerantes” los andinos, “tiernos y sensuales” los vallunos, “exuberantes” los de la llanura).

Si René-Moreno había definido las tareas de la crítica literaria boliviana en la segunda mitad del siglo XIX, Medinaceli lo hace en esta primera mitad del XX (y hasta entrados los años sesenta). Pero la suya no es una ruptura, sino una especie de inteligente reinterpretación nacionalista de los presupuestos de René-Moreno. A saber: a) cree que la viabilidad de la cultura boliviana dependerá de su conexión con un “pulso vital” –eso que, en 1886, René-Moreno llamaba “aliento social” (pág. 92)–, y que Medinaceli resume en el entrañable concepto de “intimidad del sentido”, especie de sensibilidad racial intraducible e intransferible (y, claro, oral y quechua) (pág. 182); b) pero, al mismo tiempo, sospecha que la cultura letrada ha sido y es –hasta ahora– inviable en Bolivia, en una larga y triste historia de fracasos generacionales, destinos que no se realizan y “donde casi todas las cosas quedan a medio hacerse”. Esta conclusión explica el pesimismo de Medinaceli sobre la literatura boliviana en general –cercada por un mar de oralidad– y subyace a su autobiográfica caracterización del intelectual: rescatista de papeles que nadie quiere, excéntrico y anómalo, en batalla perdida con el ambiente (imagen que también hereda de René-Moreno y su combate con las *ancuqueras*: los lectores *versus* los que quieren el papel *para comérselo*).

Son dos las filiaciones en juego en la obra crítica de Medinaceli, filiaciones incompatibles y enfrentadas: la biológica y racial –con sus familias y lenguas orales íntimas, *vitales como un vaso de leche*⁵ y la de la cultura electiva de las letras (y sus bibliotecas que desaparecen o son destruidas, sus “bichos excéntricos” –los intelectuales–, su genealogía trunca). De hecho, la oposición entre *vida y obra* que exploran varios de los mejores ensayos críticos de Medinaceli ya no es la que enfrentaba en el siglo XIX el despotismo y la anarquía social a la posibilidad de una literatura boliviana; ahora no son las urgencias y crisis de la política las que hacen inviable la obra sino *la rutina social*: los empleos estatales, la docencia y el periodismo (formas del *pongueaje intelectual*, según Medinaceli), el alcohol de las bohemias, el encholamiento, la familia. Pero sabemos que, a pesar de su pesimismo, Medinaceli inventa un sistema literario: “la literatura boliviana”, esa constelación de textos que dialogan entre sí y con una historia, perduración de un linaje en el tiempo. Su obra, en suma, se realiza a pesar de la vida (y de ahí el asiduo registro heroico de sus textos).

Otros considerarán, en esos mismos años, que acaso una alternativa sea la de imaginar que es deseable la eliminación de la distancia entre

5 Así describe Medinaceli a la Chaskañawi, en *La Chaskañawi* (1958 [1947]: 12).

vida y obra. Por ejemplo Roberto Prudencio, que ve en la figura del *dandy* construida por el escritor Alberto de Villegas la de un artista que hace de su propia vida “su máxima creación” (aunque, por los detalles que se destacan de esta subversión, el *dandy* de Prudencio se acerque más bien a una perpetuación del ambiente, no a su contradicción: ser *dandy* en Bolivia no sería sino una de las tantas ansiosas maneras de *no ser cholo*).

A pesar de sus dudas genealógicas (o quizá por ellas), este momento generacional de la crítica en Bolivia es el del florecimiento del estudio sistemático de nuestra literatura. Por ejemplo, en las historias y panoramas de Abel Alarcón (1917), José Eduardo Guerra (1937 [1934]), Augusto Guzmán (1955), Enrique Finot (1955 [1943]), Óscar Cerruto (2018 [1975]), Fernando Diez de Medina (1954) y Yolanda Bedregal (2009 [c. 1965]). En estos textos, a veces la historia amplía su alcance y se especializa: véanse, al respecto, los detallados informes o lecturas de Cerruto sobre la poesía modernista en Bolivia, de Guzmán sobre la novela y de Vásquez Machicado sobre obras maestras de la literatura colonial. Otras veces, las historias de este período quedan atrapadas en una idea de *la nacionalidad* y de la literatura en tanto inventario o síntoma de su directa expresión. Es el caso de Finot y su enumeración de un legado textual que, para él, es todavía embrionario: “la raza no está formada o más bien carece de unidad” (pág. 208), escribe al identificar los perjuicios que la heterogeneidad interpone para la creación de un “alma nacional”. O Bedregal, ya en la apoteosis de la retórica nacionalista, que bosqueja un apurado esquema de la poesía boliviana articulado desde un sorprendente (cito): “nosotros los indígenas” (pág. 308).

Felizmente, este período es también escenario del advenimiento de muchas contrahistorias. Algunas inevitables pero problemáticas: la defensa de una literatura indígena que ya no existe o fue detenida por la Conquista según el Jesús Lara de *La poesía quechua* (1947) o las entretenidas diatribas racistas y *ad hominem* de Fausto Reinaga contra el racismo de la cultura boliviana (en una curiosa perpetuación involuntaria de los tratados anticholos de Arguedas y Tamayo). Pero tal vez algunas de las historias alternativas de la época nos sigan diciendo algo valioso: José Enrique Viaña y su celebración de una literatura imperfecta como letra pero orgánica –y realizada– en su conexión con una sensibilidad oral –sea la tesis de su extraña lectura de la obra narrativa de Jaime Mendoza–; o Carlos Montenegro, que lee en una entera tradición textual –la de la historiografía boliviana hasta 1940– los síntomas o la manifestación de las contradicciones patológicas de la psicología neocolonial, desequilibrio que empuja a varias generaciones de historiadores a detestar aquello que aman.

PARTE IV

ENTRE LA HISTORIA Y SUS FORMAS:

LAS DISCRETAS CERCANÍAS DE LA CRÍTICA PROFESIONAL (DESDE 1960)

Desde los años sesenta del siglo xx, la crítica de la literatura en Bolivia se aleja, tendencialmente, de las angustias de los orígenes y del correlativo pesimismo sobre la viabilidad local de la cultura letrada. Aunque no desaparecen del todo algunos de los ademanes críticos del período anterior –la obsesión identitaria, las conjeturas genealógicas y diversos diagnósticos de la psicología nacional–, estos son reemplazados por el dominio de lecturas cuidadosas de textos específicos, en aproximaciones pensadas desde una generosa variedad metodológica y política. Se establece así la hegemonía, en la crítica, de historiadores y retóricos, que crean el primer gran corpus de lecturas formales y eruditas de nuestra literatura.

Se consolidan por otra parte, entre los críticos de este período, dos maneras distintas de leer el texto, maneras que nos acompañan hasta hoy según diversas transfiguraciones y enriquecimientos. Por un lado, se continúa la antigua práctica –inaugurada por René-Moreno y desarrollada por Medinaceli– de lecturas sociológicas o sociologizantes de lo literario y sus instituciones. Así se pueden leer los ensayos aquí incluidos –de una concreción textual no frecuente en los diagnósticos de la literatura del período anterior– de Guillermo Lora, Juan Albarracín Millán y Salvador Romero Pittari. Por el otro, aparece una crítica “estructural” y retórica, de preocupaciones más formalistas y textuales, en la obra de René Zavaleta Mercado, Wálter Navia, Carlos Castañón Barrientos y, sobre todo, Óscar Rivera-Rodas, que, tempranamente, transformó la práctica de la crítica en Bolivia al incorporar en sus lecturas una dedicada atención a la historia de las formas.

Las lecturas específicas son, decíamos, de considerable variedad y origen. En ellas, desaparecen o pasan a segundo plano ciertos *a priori* críticos dominantes –la influencia del paisaje o de los recovecos de la psicología chola– y se establecen claves e hipótesis de interpretación no generalizables, es decir, que persiguen adaptarse a la justa medida de lo que se lee: la transfiguración del sistema de personajes de *Juan de la Rosa* según el de las clases sociales en una crisis revolucionaria (Guillermo Lora); el “orden oculto” que organiza la heterogeneidad de materiales en la obra de Jorge Luis Borges (Marcial Tamayo); la “huida del autor” y la reconstrucción del “bullicio social” como los gestos principales de la escritura de René-Moreno (Enrique Kempff Mercado); la tensión o dualidad entre las dos tramas de un relato en *Juan de la Rosa* y *Sangre de mestizos* (Wálter Navia y René Zavaleta Mercado, respectivamente); la contradicción entre forma y contenido, ideología y expresión en la obra ensayística de Arguedas (Juan

Albarraçín); la pericia crítica de René-Moreno en tanto ejercicio explicativo que conecta los textos con “el ánimo de un pueblo” (José Luis Roca); el “sujeto-testimonial” que produce un diferente ordenamiento narrativo y exige otra lectura en la obra de Augusto Céspedes (según Renato Prada Oropeza, en 1979, años antes de que la teorización del “testimonio” –el gran nuevo género latinoamericano de los años ochenta– se volviera una calentura académica continental). Es claro, por estos ejemplos, que la crítica en Bolivia ya es para estos críticos un regreso, una *relectura* de los clásicos: Aguirre, René-Moreno, Arguedas, Céspedes, Cerruto (y también Jaimes Freyre, Medinaceli y Tamayo).

Son varios los panoramas que, en estos años, buscan precisión en una mayor ambición sociológica, crítica e historiográfica. Algunos son impulsados por una idea cercana a los textos mismos: Carlos Castañón, por ejemplo, al describir la narrativa modernista en Bolivia, identifica en ella un breve conjunto de irresueltas indeterminaciones y ambigüedades; lee así en esa prosa algo distinto de la caricaturesca chatura referencial que luego varios críticos atribuyen a la narrativa boliviana anterior a Óscar Cerruto, Marcelo Quiroga Santa Cruz y Jaime Saenz. Jorge Siles Salinas, en su lectura general de la narrativa de la guerra del Chaco, describe la disonancia en esos relatos entre la sobrecarga y el extravío sensoriales –que erigen un paisaje determinado por la indiferenciación gris, *ch'ixi*, de lo que es igualado por su cercanía a la muerte– y los espacios de reflexividad en los que el individuo “internándose en sí mismo, [...] logra evadirse de la maraña de ruidos” (pág. 360). Pedro Shimose, en “Panorama de la narrativa boliviana contemporánea” de 1975, establece la que tal vez sea la periodización más influyente de la narrativa boliviana del siglo xx (que, con matices y variantes, luego es retomada por Luis H. Antezana, Blanca Wiethüchter y Juan Carlos Orihuela): una que señala el quiebre de una narrativa referencial –dominante en Bolivia hasta 1958 y que Shimose describe como un “naturalismo” obsesionado por el paisaje y la explotación social– por la irrupción de relatos en los que el lenguaje es “otra realidad”: *Cerco de penumbras* de Cerruto (1958), *Los deshabitados* (1959) de Marcelo Quiroga Santa Cruz y *Sequía* (1960) de Luciano Durán Böger. La *objetividad de la representación* es reemplazada –dice Shimose de estos textos– por la *objetividad de la escritura misma* (pág. 381).

Las historias de la literatura boliviana, en estos años, se destacan por su ambición ya enciclopédica y por su conciencia y crítica de historias anteriores. Es el caso de los varios tomos de la *Nueva historia de la literatura boliviana* (1987-2012) de Adolfo Cáceres Romero, proyecto historiográfico impulsado además por consideraciones multiculturales y políglotas: la

boliviana es ya aquí una literatura en la que coexisten diferentes sistemas culturales e idiomas. O de los trabajos de Josep Barnadas sobre la literatura colonial de Charcas, que nos remiten a una literatura no solo escasamente leída, sino apenas entrevista e inventariada (algo que hará, en su *Bibliotheca boliviana antiqua* [2008], el mismo Barnadas).

En los autores de esta generación, la sociología de la cultura letrada tiende a deshacerse de sus persistentes preocupaciones programáticas sobre “el rol del intelectual” (a la usanza de Arguedas o Tamayo). Sergio Almaraz, por ejemplo, abre su hermoso ensayo de 1961 “Buscando el *De profundis* de una generación” –en evidente diálogo con el “Chaupi p’unchaipi tutayarka” (1978 [c. 1940]) de Medinaceli– con consideraciones sobre la cultura letrada *realmente existente*: se hace preguntas sobre “lo que leen los jóvenes de clase media de 30 años en Bolivia”. Pero su diagnóstico retorna pronto, acaso poco interesado en responder realmente a su pregunta, a ideas del nacionalismo: la inexistencia en Bolivia de una cultura letrada que medie entre el individuo y la colectividad (y que deriva en la alienación de la intelectualidad) y la existencia de dos genealogías intelectuales en guerra: la del “venenoso hilo” (pág. 329) que conecta a René-Moreno, Arguedas y a otros fabricantes de “basura cultural” (pág. 329) y la de Aguirre, Man Césped y Medinaceli (que, al parecer, no escriben “basura”). Años después, Romero Pittari reemprende el proyecto de una sociología de la cultura letrada boliviana y llega a algo más útil: una historia no solo atenta a los marcos institucionales de la “ciudad letrada” (según expresión de René-Moreno, otro interesado en los grupos, periódicos, asociaciones, editoriales y empleos de la intelectualidad), sino a su dinámica de clase (y las tragicomedias culturales y simbólicas de la movilidad social en Bolivia).

PARTE V

ENTRE LAS FORMAS Y SU TEORÍA:

LA ERA DE LAS HIPÓTESIS ACADÉMICAS (DESDE 1975)

Agrupados alrededor de la revista *Hipótesis*,⁶ de adiestramiento y carrera académicas todos ellos, los críticos de este movimiento generacional se demuestran unidos por su atención al sentido y función de *las formas* (e incluso a las formas del contenido). Esa atención es asistida por un entusiasta

6 *Hipótesis. Revista Boliviana de Literatura*. Cochabamba / La Paz, 1977-1987, núms. 1-24. Comité editorial: Luis H. Antezana, Gustavo Soto, Leonardo García Pabón, René Poppe, Rubén Vargas Portugal y Blanca Wiethüchter.

horizonte de lecturas e intereses teóricos. Varias de las preocupaciones comunes a estos críticos son sin duda las que han determinado la agenda de la crítica contemporánea en Bolivia: la insistencia en leer la literatura en cuanto lenguaje diferenciado –y no contenido o descripción social directos–, el deseo de abrir la literatura a lógicas subalternas (indígenas y orales), el fervor recuperador de textos olvidados o mal leídos, la disquisición sobre la construcción imaginaria de las identidades.

Tal vez el ensayista dominante de esta generación –y de la segunda mitad del siglo xx– sea Luis H. Antezana. Ya con sus primeros textos dedicados a la literatura boliviana (de 1976 y 1977), Antezana impulsó algo que por entonces comenzaba a ser más frecuente en la crítica boliviana: lecturas inscritas desde un apetito teórico. En su caso, esa “teorización de la crítica” excedió tempranamente los límites de una “aplicación” de esta o aquella idea adquirida y más bien empezó a perfilarse un ejercicio reflexivo, una práctica que acude a lo teórico en función de las sugerencias y demandas de aquello que lee. De entre sus ensayos esenciales, escogemos para esta antología dos por su carácter programático, ilustrativos sin duda de las preocupaciones de la época. A saber, su lectura de *La Chaskañawi* (2011a [1977]), importante porque –además de delinear un modelo de las formas del sentido en esta novela clásica– es un manifiesto indirecto que llama a leer la literatura como literatura (es decir, forma *irreductible*), en reacción acaso a rutinarias y torpes lecturas sociológicas. En el otro ensayo suyo que antologamos –dedicado a las canciones de la cultura chimane–, Antezana hace en 1983 una de las preguntas que dominará buena parte del fin de siglo (aquí y en otras partes): la de la “localización” de la literatura oral (y, por extensión, el de la relación entre la crítica letrada y las culturas populares subalternas). Y advierte algo que ciertas fijaciones o demagogias orales olvidarán luego: “No tenemos un modelo para poder pensar apropiadamente relaciones entre la producción literaria tradicional –indicada por lo escrito, digamos– y las producciones literarias de expresión oral” (pág. 463).

Por su parte, e incluso en sus lecturas más respetuosas del modo académico clásico, la influyente obra crítica de Blanca Wiethüchter se orientó con obstinada lucidez a reivindicar los privilegios éticos y críticos de la literatura moderna. Detrás de su consistente regreso a ciertos temas –la identificación de éticas del lenguaje en los textos (de Jaime Saenz o de Ricardo Jaimes Freyre, por ejemplo); o su preocupación por la conexión entre obra y vida (del autor); o su reivindicación del genio subvertor de algunas contraliteraturas (de Jesús Urzagasti o Humberto Quino); o su celebración de tradiciones alternativas a la cultura letrada criolla– se

asoma la misma confianza: la de la superioridad crítica de la lengua literaria. En su versión de este venerable artículo de fe romántico, los signos son casi siempre tomados por maravillas. Esta idea es de hecho la que preside las “Propuestas para un diálogo sobre el espacio literario boliviano” (1986), texto en el que Wiethüchter da una inflexión generalizadora a las ideas sobre la narrativa boliviana de Pedro Shimose (1975): propone, en suma, la oposición entre una literatura *de acontecimiento* (que persigue el testimonio y nominación de la realidad) y una *emancipada* (en la que “el pacto entre signo y referente” se rompe). Esta oposición –emblemática de los años de fervor teórico estructuralista– se desdobra en otras, casi juicios de valor: la pobreza documental del realismo es contrastada a las riquezas imaginativas de las vanguardias y neovanguardias; la simplicidad de la denotación a los tesoros plurales de la connotación; la literatura determinada por su referente a aquella que es autónoma y crítica; la escritura que *reproduce* a la que *produce*; una moralidad a una estética, etc. Esta misma esquemática oposición sin resquicios –que a ratos no es otra cosa que una glosa, convertida en júbilo, de los procesos de autonomización de la literatura occidental– reaparecerá luego como una de las ideas organizadoras de la seminal *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* (2002).

Uno de los motivos críticos dominantes de la época –no solo en Bolivia– es el de las agónicas configuraciones de lo nacional –y sus sujetos– en o por la literatura. Leonardo García Pabón, por ejemplo, que, en torno a la idea de lo nacional traza en su libro *La patria íntima* (1998) una serie de detallados acercamientos monográficos a la literatura y el cine bolivianos. Aunque en el caso de los trabajos críticos de Alba María Paz Soldán sobre la novela nacional boliviana por excelencia –el *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre– se podría hablar más bien de un progresivo desplazamiento del motivo: de la patria pasamos a la patria chica, de la identidad nacional a la regional, de la comunidad imaginada a los afectos. En la última de una serie de lecturas de este clásico, de 2005, Paz Soldán retoma la dualidad de registros ya analizada por Navia en la novela (el “enigma” de Juanito y la épica histórica) para distinguir un rico contrapunto entre lo íntimo y lo público, la memoria y el recuerdo. Este contrapunto, además, es el que provoca el principal efecto de lectura del relato –la identificación– y sugiere una versión de la identidad que es concreta, sensorial y minuciosamente local.

Entre los perdurables frutos de la época y de esta generación de críticos, no hay que olvidar el ensayo animado por una atenta fidelidad a la literatura que lee. Se trazan así, según persistentes gestos de seguimiento de las idiosincrasias textuales en juego, algunas de las mejores *descripciones*

densas de la historia de nuestra crítica. Un representante destacado de esta inclinación, Eduardo Mitre, ha esbozado pacientemente, a lo largo de tres décadas, un panorama o historia crítica de la poesía boliviana, según legibles y reveladores ensayos monográficos que no se alejan gran cosa de los textos leídos y que, al mismo tiempo, conjeturan la relación de un poeta con otros, de un lenguaje con otros lenguajes y de la poesía con el mundo. Mitre, además, no es sino uno de los representantes destacados de una tradición boliviana: la del poeta-crítico, y de la que son también parte, entre otros, José Eduardo Guerra, Óscar Cerruto, Yolanda Bedregal, Blanca Wiethüchter, Juan Cristóbal Mac Lean, Rubén Vargas, Juan Carlos Ramiro Quiroga y Mónica Velásquez.

Corresponde a este grupo generacional, también, la realización de panoramas totalizadores *organizados a partir de una idea crítica*, en diligente continuación de esa práctica ensayística que en Bolivia inauguró Guerra (que en 1934 no quiso hacer una historia sino un “itinerario espiritual”, un inventario de sensibilidades). Es el caso del sostenido y sugerente proyecto crítico de Javier Sanjinés y su sociología de la literatura boliviana del siglo xx. O de la ya mencionada *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* (2002), proyecto dirigido por Blanca Wiethüchter y Alba María Paz Soldán que, pese a su título, tiene un mayor ímpetu crítico que historiográfico. O el de la recreación y cuestionamiento de las representaciones de *lo indígena* de Josefa Salmón y Rosario Rodríguez.

PARTE VI

ENTRE LA TEORÍA Y SUS ESCRITURAS:

HACIA UNA LITERATURA K'ITA (DESDE EL 2000)

Herederos de sus maestros (del período anterior), en su mayoría de procedencia académica también, lectores modélicos todos ellos, estos críticos –que en esta antología representan a un grupo más numeroso (pues solo incluimos, por razones de espacio, a los nacidos hasta 1965)– prolongan una vocación teórica y filológica y, a la vez, en varios casos, intentan en la crítica una posibilidad autónoma, “emancipada” –para usar el término de Wiethüchter–, de escritura literaria. Más allá de los reglamentarios rigores de la erudición –académica o no–, estos ensayistas ensayan muy diferentes ideas de la crítica y de ahí que, en nuestra selección, sea notoria la diversidad de lenguajes en juego y de estilos a la vista. Los impulsa además –y se puede decir que esto es común a ellos– una comprensión de la literatura –sobre todo la boliviana– en cuanto territorio textual que apenas empezamos a descubrir y leer.

Juan Cristóbal Mac Lean, en el ensayo suyo que incluimos aquí, conjetura –a partir de algunas palabras del aymara– la oposición entre una literatura “doméstica, de corral” y una literatura *k’ita*, es decir, la que se desprende de la “comunidad, familia o territorio”. Esta última, por eso, encontraría su reino en un espacio *puruma*: “ese lugar de la periferia y las tierras desérticas o en barbecho, ese espacio de penumbra alejado de las comunidades” en el que “el alma se rehúsa a ser atrapada, conquistada, domada por el poder o los poderes. O por la comunidad o por el cultivo” (pág. 602). Se podría decir que el mito de este espacio *otro* de la literatura, que es el de su diferencia privilegiada y proscrita, es moneda corriente en este grupo de críticos.

Acaso por eso en esta generación sea recurrente también el interés por tradiciones alternativas, invisibles o apenas reconstruidas: véanse sino las eruditas resurrecciones historiográficas de Elizabeth Monasterios –y su trabajo sobre “las vanguardias plebeyas del Titikaka”–, Fernando Unzueta –y su descubrimiento de una literatura extraviada en los periódicos decimonónicos bolivianos– y Andrés Eichmann –y sus hipótesis para explicar la inexplicada lírica colonial charqueña–.

Pero incluso viejos y nuevos conocidos –los clásicos– son leídos o releídos desde su diferencia *k’ita*, desde su potencial crítico, desde las consecuencias éticas y políticas de una literatura que es, a la vez, un disenso formal: el Arturo Borda de Ana Rebeca Prada es el que escribe y actúa –conspirativamente– en un espacio *puruma*, ese “otro lugar del decir, externo a la lógica del poder” (pág. 629); el Jesús Urzagasti de Juan Carlos Ramiro Quiroga es un heredero de Villamil de Rada, de una *otra* genealogía que pretende realizar la utopía de “una mística tribal” de la palabra (pág. 656); la Adela Zamudio de Virginia Ayllón transforma los códigos del rumor, de la oralidad maliciosa y masculina, en mecanismo narrativo violento; la Spedding de Gilmar Gonzales triunfa donde tantos han fracasado: la suya quiere ser la historia del pueblo aymara comunicada por la cotidianidad concreta; o el Jaimes Freyre narrador que, en el ensayo de Marcelo Villena (y desmintiendo la posibilidad de “sentidos únicos” y un “arte reflector” [pág. 658-660]), demuestra con su ambigua moral de las formas que quizá no exista, después de todo, una vasta y primitiva literatura referencial boliviana –según creían Shimose y Wiethüchter– sino solo (malas) *lecturas referenciales* de esa literatura.

Walter I. Vargas, en su ensayo sobre los placeres de leer a Henry James, prefiere un sentido un tanto más directo y urgente de la noción de una *literatura k’ita*: leemos en un momento en el que la “desaparición de la literatura” es imaginable o en el que al menos *una clase* de literatura,

“si no ha muerto, ha salido del siglo xx bastante malograda” (pág. 652). En esta visión distópica, casi apocalíptica, de la república de las letras, la crítica estaría llamada a perseverar en el ejercicio meramente privado y excéntrico de un tipo de experiencia –la absorta duración de una lectura larga y lenta– condenada, como ya intuía René-Moreno, a la disolución.

DIEZ REGRESOS DE LA CRÍTICA LITERARIA EN BOLIVIA

A contramano de la fama y gloria teóricas recientes del concepto de *ruptura* o *discontinuidad*, mi rápida reconstrucción de la historia de la crítica literaria en Bolivia también ha querido ser una historia de regresos, es decir, del retorno de motivos, dilemas y angustias que son continuos – hasta obsesivos– en esa tradición. A riesgo de seguir siendo redundante, creo que puede ser útil nombrarlos, en una suerte de reducido catálogo de rasgos y entrecruces temáticos “dominantes”. Veamos:

1. SOBRE LA IMPOSIBILIDAD DE LA CULTURA LETRADA EN BOLIVIA

Las supuestas fragilidades de la literatura en Bolivia –y de su cultura letrada en general– han sido pensadas, a lo largo de esta historia, una de las consecuencias previsibles –casi lógica– de las limitaciones institucionales y culturales de la sociedad que la produce. Un poco como si fuera evidente que los fracasos de una literatura –que se imagina a sí misma minoritaria, pequeña y deficiente– tuvieran que ser naturalmente los de la azarosa formación cívica de un país. La enumeración concreta de los culpables de este fracaso es larga, aunque el reclamo sea el mismo: el caos social y el despotismo, la inmadurez histórica, el afán imitativo, la dedicación obsesiva a la política, la heterogeneidad racial y civilizatoria (que truncan una unidad nacional), la decadencia vital, el Estado y sus violentas miserias, el carácter minoritario de la letra (amenazada isla en un mar de oralidad), el analfabetismo, la dictadura del referente, etc. En todos los casos, se siente o piensa que la literatura carece del sustento –institucional, biológico, educativo, técnico-formal– para ser más que lo que apenas es.

2. SOBRE LAS FIGURACIONES DE LA FILIACIÓN Y DE LA HERENCIA

La filiación o herencia ha sido en la cultura boliviana una cuestión urgente, política, trágica, a menudo torturada. Es por eso que la nunca cansada pregunta identitaria –¿quiénes somos?– deviene en nuestra tradición un interrogatorio constante, específico y proliferante: ¿de qué *oscuros*

materiales –culturales, étnicos, históricos– estamos hechos?, ¿qué está muerto y qué está vivo en nuestra herencia?, ¿nuestra cultura puede ser algo nuevo o está ya determinada por sus padres biológicos y simbólicos?, ¿qué filiaciones encontradas y rivales hay en nuestra historia?, ¿es posible la continuidad cultural en Bolivia o aquí empezamos de nuevo, amnésicos, cada 20 años?, ¿es el mestizaje el único destino imaginable de esta herencia irresuelta?, ¿cuál es la relación de la cultura letrada boliviana con el mundo?, ¿y con las culturas indígenas?

3. SOBRE EL VÍNCULO ENTRE GEOGRAFÍA E IDENTIDAD

Desde por lo menos Bartolomé Arzáns, que nombra al Cerro Rico como el que “con ojos de plata” lo “ha mirado para su autor” (1965 [1737]: clxxxiii), una de las respuestas a la angustia identitaria letrada en Bolivia ha sido la que proporciona, abrumadoramente, la geografía. Según esta intuición generalizada, somos expresión *de lo que siempre ha estado aquí*: estas montañas y estos ríos, estas piedras y estos árboles, este cielo y sus pájaros. Así se explica la insistencia –que es temática y formal– en figurar la cultura boliviana por las relaciones que se establecen entre un espacio (habitado/deshabitado) y su construcción cultural/textual. En este registro de pensamiento, los *ethos* colectivos, las diferencias, las articulaciones/desarticulaciones culturales, los estilos mismos son *espacializados* y supeditados a una geografía (rural o urbana). Y se suele suponer, además, que la grandeza del paisaje no es la nuestra: “todo es inmenso en Bolivia, todo, menos el hombre”, escribe Arguedas (1979: 135). En las versiones *nacionalistas* de esta impronta geográfica, incluidas sus variantes *cripto* y *post*, la relación con la naturaleza es el fundamento abstracto de lo ancestral: los viejos cerros fundan viejas culturas.

4. SOBRE LAS METÁFORAS DE LA HETEROGENEIDAD

Una intensa conciencia –por lo general, desdichada– de la heterogeneidad social ha instigado varios de los más intensos debates y la mejor productividad teórica y retórica en la historia del ensayo en Bolivia. Obstáculo al progreso o desgracia étnica irremediable hasta entrado el siglo xx, solo con los entusiasmos del mestizaje nacionalista (homogeneizador) o de los fastos paraestatales de la interculturalidad plurinacional (a ratos fantasmagórica y clientelar) la diversidad de “lo boliviano” empezó a ser considerada una solución, después de todo. Imaginarla, en todo caso, ha sido tarea repetida de las letras en Bolivia: las metáforas y alegorías de

la heterogeneidad –abundantes ya de suyo en Latinoamérica– son aquí legión. Piénsese sino en algunas: la *multitud chola* como nuevo personaje colectivo y encarnación de la justicia antiestatal en Gabriel René-Moreno; el *cholo invisible* que es el secreto y bancarrota mágica de un sistema político en Armando Chirveches; el *cholo monstruoso* de Arguedas o Tamayo (para este último, la desaconsejada combinación de la letra con la naturaleza “fluida e inestable” de lo cholo acababa en “el mestizo elector” [1979: 31]); el *encholamiento fatal* de Carlos Medinaceli; la propicia *sangre mestiza* del nacionalismo revolucionario; el concepto de *lo abigarrado* de René Zavaleta Mercado; la imagen del *saco de aparapita* de Jaime Saenz; la categoría de *lo ch'ixi* de Silvia Rivera Cusicanqui. En estas representaciones crítico-literarias del *impasse* de la heterogeneidad se superponen al menos tres problemáticas: la caracterización de los elementos o ingredientes que la configuran (¿qué es lo que se combina y lo que no se combina en la heterogeneidad?), la conveniencia o no de su perduración (¿el abigarramiento es un impedimento o una bendición?) y su destino final mismo (¿hacia qué sociedad y qué arte conduce lo heterogéneo?).

5. SOBRE LOS ENCUENTROS Y DESENCUENTOS DE ESCRITURA Y EXPERIENCIA (O LA INVENCIÓN DE CONTRAHISTORIAS)

La imposibilidad de encontrar el lenguaje adecuado o necesario para expresar la experiencia histórica, social y estética es otro *leitmotiv* del pensamiento en Bolivia. El viejo topos clásico de la pobreza de la letra ante la realidad se prolonga, en nuestra historia crítica republicana, en el desencuentro señalado por muchos ensayistas entre formas y contenidos. Se pueden recordar aquí algunas resoluciones célebres de ese desencuentro: La resurrección de los muertos a partir de los restos que la lectura escatológica del historiador rescata y restituye (René-Moreno en *Matanzas de Yáñez*; la invención de un lenguaje musical de la poesía que expresa la productiva indeterminación moderna (Ricardo Jaimes Freyre y Franz Tamayo); la sospecha de que algo no ha sucedido o terminado de suceder si no es representado narrativamente (Céspedes sobre la guerra del Chaco; Zavaleta Mercado sobre la historia boliviana); la invención de vocabularios que dicen la experiencia colectiva de otra manera (el lenguaje orgánico y geológico del *Macizo Boliviano* en Jaime Mendoza, el de las vicisitudes de una esfera pública en Carlos Montenegro); la figuración en la obra o escritura de una suerte de vida verdadera (Jaime Saenz); o las descripciones filológicas de una lengua –la aymara– que encarna una expresividad utópica y potencial (Villamil de Rada, Xavier Albó y Félix Layme, etc.).

6. SOBRE LAS VIOLENCIAS EN LA LITERATURA

La violencia, en esta tradición crítica, es también un código maestro, llave o clave que explica, mejor que otras, la cultura boliviana. Según esta fidelidad crítica, los textos son leídos –o escritos– como si las formas dominantes de la intersubjetividad en Bolivia no hubieran tenido otro código que la violencia y como si la historia fuera para nosotros un repertorio de traumas: el acto colonial, la masacre, la insurrección, la guerra, la explotación, la desigualdad, el racismo, la carencia, el despojo, las coerciones del Estado.

7. SOBRE LAS IMÁGENES DE LA ENFERMEDAD

Las figuraciones de la enfermedad –y mucho antes de que Arguedas las popularizara– nos han acompañado devotamente. Se alude con ellas a las dificultades de una constitución cultural, a la degeneración o deriva de hábitos y costumbres, a incongruencias e interrupciones estéticas y sociales, a los síntomas de *nuestro más profundo ser, ese que se retuerce y anda*. Pero es claro que en estos diagnósticos, felizmente, hablar de la *enfermedad* en la historia y cultura bolivianas es también hacerlo de su lectura posible, de su *legibilidad*: la crítica sería aquí el arte de leer bien las señas de una crisis o enfermedad, según lo demuestran Arzáns, René-Moreno, Medinaceli, Montenegro o Zavaleta.

8. SOBRE LA UTOPIA DE UNA HISTORIA DIFERENTE

Frente a la historia que se demora en un memorial de agravios –ese repertorio de traumas que nos constituyen y de enfermedades que nos agobian–, la crítica también se ha empecinado en imaginar historias narradas desde otro lado y según otro código, uno que dé cuenta de experiencias que las lenguas del Estado y su cultura dominante son incapaces de ver o siquiera de nombrar. (Es por eso que Jesús Urzagasti decía que “tu historia no es la más triste cuando la relato yo”, hablando nada menos que del Chaco [2012: 19]). La sospecha aquí es que esas otras historias solo son posibles si se acude a herramientas y vocabularios de otro reino: la geología (por ejemplo, Jaime Mendoza, René Zavaleta), la filología (Villamil de Rada), la toponimia y la colectividad (Montenegro), la memoria oral (Rivera Cusicanqui), el periodismo y el archivo (René-Moreno, Montenegro), la ficción (Antezana), la cultura popular.

9. SOBRE LA ESCRITURA Y SU ORALIDAD

Una enfática conciencia de la *oralidad dominante* de la cultura boliviana ha regresado al ensayo en cuanto expresión de los límites de lo letrado. Si un mero límite, la *oralidad* es menos ella misma que su *medio compuesto*: esa cultura popular que la produce y a la que, se teme, expresa. Aunque en las elaboraciones críticas más sugerentes de este rechazo –las de René-Moreno y Medinaceli–, se conjetura la presencia de una oralidad que es hegemónica no solo en la cultura popular sino en *toda* la cultura boliviana, la letrada inclusive. Se enfrenta así una lógica minoritaria y casi excéntrica de la escritura y del papel a las formas mayoritarias del rumor, lo efímero y la saliva. En su versión celebratoria –en los trabajos de recuperación cultural del nacionalismo y en los impulsados por una “historia desde abajo” y el testimonialismo–, la oralidad es depositaria de no solo otra historia y otra cultura sino de *otra política*.

10. SOBRE LAS RELACIONES ENTRE POLÍTICA Y LITERATURA

Pero acaso el mayor mito político de la crítica literaria sea el de la emancipación de la literatura de aquello que la hace –en Bolivia– una lengua amenazada. En su versión decimonónica, el mito conduce a la fe en que la literatura se emancipará cuando deje de ser urgente y reactiva. En su variante de la primera mitad del siglo xx, este deseo imagina que la literatura se hará autónoma al responder orgánicamente a lo que “nos rodea, nos toca y nos penetra” (según frase programática de Manuel María Caballero [pág. 74]). Ya en la segunda mitad del siglo xx, la emancipación de la lengua literaria se comenzó a concebir como la de su liberación de las servidumbres del referente, es decir, según la voluntad de inventar sus propios dominios. Hoy, abstraídos por una cultura que está en otras cosas –y más allá de representaciones heroicas– es legítimo sospechar que la perseguida *autonomía de lo literario* no es sino, en el mejor de los casos, una ilusión inútil y, en el peor, otra manifestación de las fragilidades de lo letrado en Bolivia.

LINEAMIENTOS GENERALES DE LA ANTOLOGÍA DE CRÍTICA LITERARIA EN BOLIVIA

1. ¿QUÉ ENTENDEMOS POR CRÍTICA LITERARIA?

Acaso el primer escollo en la elaboración de una bibliografía, panorama o antología de la crítica literaria sea el de su definición. En esta antología, comenzamos con esta:

Consideraremos *crítica literaria* una diversidad de textos de prosa conceptual, de extensión variable, literarios en su práctica de la escritura, organizados retóricamente por un pensamiento que persigue explicar, interpretar, reconstruir, contextualizar y evaluar *otros textos* (incluyendo aquellos de la tradición oral).

Esta definición, aunque un útil punto de partida, se demostró pronto insuficiente. Fue por ello necesario añadirle dos precisiones operativas.

La primera, es negativa:

No se consideraron: a) simples biografías de autores; b) comentarios evaluativos de escaso o nulo contenido analítico; c) textos pedagógicos de explicación literaria; d) lecturas y análisis de objetos culturales no textuales.

La segunda, positiva:

Según nuestra definición, si fueron considerados textos de *crítica literaria* los textos que explican otros en cuanto tales (es decir, en cuanto “textos”). En otras palabras, no fue una condición necesaria de nuestra definición de *crítica literaria* que los textos interpretados fueran, en términos tipológicos, también literarios.

2. ALCANCE TEMPORAL DE ESTA ANTOLOGÍA

Por definición, una antología es un ejercicio de restricciones. En esta –que no quiere perpetuar lógicas consagratorias, canonizantes o semipublicitarias del campo literario–, hemos preferido una selección de textos que intente delinear un *panorama histórico mínimo* de la práctica de la crítica literaria en Bolivia. Las restricciones temporales aplicadas –que son de entera responsabilidad del antólogo– fueron dos:

- a) Por su vastedad en buena medida inexplorada (véase Barnadas, 1990), el período colonial en Charcas no fue considerado. Una antología en esta misma colección –la *Antología de literatura colonial*– se encargará de remediar este vacío.
- b) Por su magnitud verificada –a la que era imposible hacer justicia en un solo volumen–, limitamos el alcance de esta antología a la *producción de críticos bolivianos del período republicano y plurinacional nacidos hasta el año 1965*. (Para los nacidos después de 1965 y los bolivianistas de otras tierras puede verse, en la páginas **xxxxx** de este volumen, “La crítica de la literatura en Bolivia (1834-2022). Bibliografía mínima por autores”).

3. CONSIDERACIONES ADICIONALES

De hecho, nuestras definiciones operativas y restricciones demandaron pronto algunas consideraciones explicativas adicionales o corolarios. A saber:

- Si son, según decíamos, clasificables como crítica literaria los “textos que intentan explicar *otros textos*”, esos “otros” pueden ser muchos. Es decir, incluimos en la antología algunas variedades de la historiografía literaria, al menos en lo que tienen de intervención teórica en una tradición: la organizan, periodizan y explican en términos que, en principio, no pueden ser sino críticos.
- Incorporamos como parte de esos “otros textos” de los que habla la crítica, algunos objetos de lenguaje de consideración frecuente en Bolivia. Por ejemplo, el “idioma aymara” en cuanto corpus expresivo (su gramática sería una suerte de código y contenido, a la vez) o el sistema de toponimias de una región o cultura.
- Prestamos atención, además, a textos que permiten no solo ejemplificar –en su mejor expresión– las variedades de la escritura crítica en Bolivia, sino que dejan entrever, por los motivos y preocupaciones comunes que los conectan, la configuración de una tradición que también dialoga consigo misma. En nuestra selección, de hecho, algunas preocupaciones iniciales de René-Moreno sirven de hilos conductores en la organización del corpus. Otro hilo conductor es el regreso a algunos objetos textuales: la obra de Jaimes Freyre y la de René-Moreno, la de Aguirre y la de Arguedas, la de Medinaceli y la de Cerruto.
- Destacamos, en el diseño de las breves glosas introductorias y explicativas que acompañan cada uno de los textos antologados, su procedencia institucional. La intención es dar cuenta sucinta y aproximada de la historia de la “institución literaria” en Bolivia: las editoriales, las revistas, los periódicos, los oficios, las formas de sobrevivencia de la crítica. Esta, hay que recordarlo, es una preocupación central ya en René-Moreno, continuada por Medinaceli.
- En la elaboración de esta antología, hemos descubierto que es improbable ser justos con las realidades históricas y formales de la práctica crítica en Bolivia si consideramos que esa práctica es el ejercicio de un solo tipo de escritura. Por eso incluimos una variedad: breves reseñas valorativas, dilucidaciones históricas de un objeto, propuestas generales de periodización, lecturas académicas, ensayos personales, fragmentos de libros monográficos, etc.

- Finalmente, en nuestra selección, perseveramos en una voluntad historiográfica: privilegamos por ello la crítica de los muertos (y de ahí que, al acercarnos al nuevo milenio, nuestras selecciones de autores y textos sea apenas indicativa). Intentamos así ser fieles a una mínima opción ética ya prefigurada por el santo patrono de esta antología, Gabriel René-Moreno: porque si no nos ocupamos nosotros de nuestros muertos ¿quién lo va hacer?

4. BONUS TRACKS: BIBLIOGRAFÍAS

El lector interesado en adquirir, para su provecho y solaz, un panorama histórico más minucioso de la crítica literaria en Bolivia puede remitirse a las dos extensas bibliografías que acompañan esta antología. La primera, preparada junto a Joaquín Tapia, es una “Bibliografía general sobre literatura boliviana”, es decir, una enumeración de los principales textos generales de consulta sobre la literatura boliviana, incluyendo antologías y selecciones, además de un listado inicial de revistas y suplementos literarios. Sus evidentes dimensiones –más de 300 títulos– deberían disuadirnos de cualquier ilusión sobre la inexistencia de la crítica en Bolivia. La segunda aún más: es una bibliografía *mínima* –por autores– de la crítica de la literatura en Bolivia durante el período republicano y plurinacional que reúne –sin afanes de exhaustividad– a más de 190 autores y más de 800 textos.

5. AGRADECIMIENTO POR LA AYUDA RECIBIDA

Aunque los criterios adoptados, los comentarios y la selección final de textos en esta antología son de entera responsabilidad del antologador, lo orientaron los consejos, las críticas y las numerosas sugerencias específicas de un grupo de distinguidos expertos convocados para el efecto. Agradezco por ello a Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana Rebeca Prada, Ricardo Serrano, Ximena Soruco y Marcelo Villena.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Ayllón, Virginia

2012 “Íntimas de Adela Zamudio”. *Íntimas*. Adela Zamudio. Colección 15 Novelas Fundamentales. Editor general: Mauricio Souza Crespo. La Paz: Plural editores / Ministerio de Culturas del Estado Plurinacional de Bolivia. Pp. 19-47.

Alarcón, Abel

1917 “La literatura boliviana, 1545-1916”. *Revue Hispanique* (New York y Paris), vol. 41: pp. 563-633.

Albarracín Millán, Juan

1978 *El gran debate. Positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana. Sociología boliviana contemporánea*, II. La Paz: Universo.

Albó, Xavier; Félix Layme

1992 *Literatura aymara. Antología. I. Prosa*. La Paz: CIPCA / Hisbol / JAYMA.

Almaraz, Sergio

2009 “Buscando el *De profundis* de una generación”. Revista *Canata*, (julio-septiembre, 1961). Cochabamba. Usamos la edición publicada en: Sergio Almaraz, *Obra completa*. La Paz: Plural editores. Pp. 533-538.

Antezana, Luis H.

2011a “Retorno y dispersión en *La Chaskañawi*”. [1977]. *Ensayos escogidos, 1976-2010*. Mauricio Souza Crespo (introd. y ed.). La Paz: Plural editores. Pp. 45-84.

2011b “Canciones chimane”. [1983]. *Ensayos escogidos, 1976-2010*. Mauricio Souza Crespo (introd. y ed.). La Paz: Plural editores. Pp. 275-308.

Arguedas, Alcides

1979 *Pueblo enfermo*. La Paz: Isla.

Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé

1965 *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Lewis Hanke y Gunnar Mendoza (introd. y eds.). Tomo I. Providence: Brown University.

Barnadas, Josep

1990 *Invitación al estudio de las letras de Charcas*. Cochabamba: Historia Boliviana.

2008 *Bibliotheca boliviana antiqua. Impresos coloniales (1534-1825)*. Sucre: FCBCB.

Bedregal, Yolanda

2009 "Noticia sobre la poesía boliviana en el siglo XIX". [c. 1965]. *Obra completa*. Tomo 4: *Ensayos y artículos I*. Introducción y notas de Virginia Ayllón. Leonardo García Pabón (coord. general). La Paz: Plural editores. Pp. 160-165.

Caballero, Manuel María

1956 "Algunas ideas sobre la literatura de Bolivia". [1863]. *Juicios añejos sobre nuestra literatura*. Cuadernos de Cultura UMSA (La Paz), núm. 1 (mayo): pp. 41-55.

Cáceres Romero, Adolfo

1987-2012 *Nueva historia de la literatura boliviana*. Cuatro tomos. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro / Kipus.

Castañón Barrientos, Carlos

1972 *El cuento modernista en Bolivia*. Estudio y antología. La Paz: Universo.

1966 "Nuestra crítica literaria actual". *Opiniones sobre libros y autores bolivianos*. La Paz: Universo. Pp. 131-155.

Cerruto, Óscar

2018 "El modernismo". [1975]. *Artículos, crítica, apuntes*. Óscar Cerruto. Gilmar Gonzales Salinas (ed.). Colección El ensayo en Bolivia. La Paz: Carrera de Literatura, UMSA / ILL / Plural editores. Pp. 253-267.

Cortés, Manuel José

1861 "Literatura". *Ensayo sobre la historia de Bolivia*. Sucre: Imprenta de Beeche. Pp. 237-241.

Costa du Rels, Adolfo

1948 "El drama del escritor bilingüe". [1941]. *El embrujo del oro*. Buenos Aires: Editorial VIAU. Pp. 8-12.

Chirveches, Armando

1905 "A propósito de la crítica de Alberto López". *El Diario* (La Paz), 28 de mayo de 1905, p. 3.

Díaz Machicao, Porfirio

1976 "Carlos Medinaceli". [1955]. *El ateneo de los muertos*. La Paz: Juventud. Pp. 89-95.

Diez de Medina, Fernando

1954 *Literatura boliviana*. Madrid: Aguilar.

Eichmann, Andrés

- 2012 “Hacia una caracterización de la poesía charqueña (inicios del siglo XVII)”. *Taller de Letras*, NE 1 [número especial 1], Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile. Pp. 139-152.

Finot, Enrique

- 1955 *Historia de la literatura boliviana*. [1943]. 2.^a ed. complementada. La Paz: Gisbert.

García Pabón, Leonardo

- 1985 “Aproximación a la crítica literaria en Bolivia de 1960 a 1980”. *Tendencias actuales en la literatura boliviana*. Javier Sanjinés (ed.). Minneapolis y Valencia: Institute for the Study of Ideologies and Literature. Pp. 115-134.
- 1998 *La patria íntima. Alegorías nacionales en la literatura y el cine bolivianos*. La Paz: Plural editores.

Gonzales Salinas, Gilmar

- 2011 “La india que da risa”. *Voces de la literatura boliviana*. La Paz: Carrera de Literatura / Fundación Simón I. Patiño / III, 2011. Pp. 181-189.

Guerra, José Eduardo

- 1934 *Itinerario espiritual de Bolivia*. [1933]. Barcelona: Araluce.

Guzmán, Augusto

- 1955 *La novela en Bolivia. (Proceso 1847-1954)*. La Paz: Juventud.

Iraizós, Francisco

- 1967 “El modernismo en América” [1898]. *Medinaceli escoge. Prosa novecentista de Bolivia*. Carlos Medinaceli. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro. Pp. 47-53.

Jaimes Freyre, Ricardo

- 2016 “Rubén Darío” [1916]. *La prosa de Jaimes Freyre*. Tomo I. Ana Rebeca Prada, ed. La Paz: Carrera de Literatura. Pp. 175-183.

Kempff Mercado, Enrique

- 1961 “En torno a Gabriel René-Moreno”. *Signo. Revista Boliviana de Cultura* (La Paz), núm. 7: pp. 5-15.

Lara, Jesús

- 1947 *La poesía quechua: Ensayo y antología*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Lemoine, Joaquín de

- 1917 “Un libro más. Por Mercedes Cabello de Carbonera, novelista peruana”. [1888]. *Perlas de los dos mundos*. París: Garnier Hermanos. Pp. 183-193.

Lora, Guillermo

- 1979 “Notas a *Juan de la Rosa*”. [1956]. *Ausencia de la gran novela minera*. La Paz: El Amauta. Pp. 185-194.

Mac Lean, Juan Cristóbal

- 2014 “Apuntes sobre el afuera: *K’ita, puruma* y literatura”. *Cuaderno*. La Paz: Plural editores. Pp. 11-15.

Medinaceli, Carlos

- 1958 *La Chaskañawi. Novela de costumbres bolivianas*. [1947]. 3.^a ed. Prólogo de Gamaliel Churata. La Paz: Juventud.
- 1967 “Los prosistas bolivianos en la época del modernismo”. [1940]. *Medinaceli escoge. Prosa novecentista de Bolivia*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro, 1967. Pp. 13-20.
- 1978 “Chaupi p’unchaipi tutayarka” [c. 1940]. *Chaupi p’unchaipi tutayarka. (A mediodía anocheció). Literatura y otros temas*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro. Pp. 27-37.

Mendoza, Gunnar

- 1965 “Estructura formal de la *Historia*”, parte v de “Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela: su vida y su obra”. [Estudio introductorio]. *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela. Lewis Hanke y Gunnar Mendoza (eds.). Providence: Brown University. Tomo I: xcvi-cxxvii.

Mitre, Eduardo

- 2021 “Óscar Cerruto: La soledad del poder”. [1988]. *Las páginas del árbol. Ensayos sobre poesía boliviana*. La Paz: Plural editores. Pp. 175-182.
- 2021 “Ricardo Jaimes Freyre: La escritura del eco”. [1994]. *Las páginas del árbol. Ensayos sobre poesía boliviana*. La Paz: Plural editores. Pp. 11-30.

Monasterios, Elizabeth

- 2015 *La vanguardia plebeya del Titikaka: Gamaliel Churata y otras beligerancias estéticas en los Andes*. La Paz: Plural editores.

Montenegro, Carlos

2016 *Nacionalismo y coloniaje. Su expresión histórica en la prensa de Bolivia*. [1944]. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016.

Mora, José Joaquín de

2018 *Discurso [sobre la literatura] [1834]. Cuadernos de Literatura 48*. Edición de Alejandra Canedo. La Paz: Carrera de Literatura, 2018.

Moreno, Gabriel René

1864 *Introducción al estudio de los poetas bolivianos*. Santiago de Chile: Imprenta de la Unión Americana.

1873 “Fúnebres”. *Sud-América. Revista Científica y Literaria* (Santiago), tomo II: pp. 121-141.

1876 “Los archivos históricos en la capital de Bolivia”. *Revista Chilena*, vol. 6: pp. 111-141.

1886 “Prólogo”. *Matanzas de Yáñez*. Santiago de Chile. Usamos la versión: *Matanzas de Yáñez. Anales de la Prensa Boliviana*. Potosí: Editorial Potosí, 1954. Pp. 1-5.

Navia Romero, Wálter

1966 *Interpretación y análisis de Juan de la Rosa*. La Paz: Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía, UMSA.

Oblitas Fernández, Arturo

1972 “Prólogo”. *Antología boliviana. (Escritores cochabambinos)*. [1906]. *Obras*. Biblioteca IV Centenario. Cochabamba: Los Amigos del Libro. Pp. 181-192.

Orihuela, Juan Carlos

1997 “La ciudad periférica (acerca de la nueva narrativa boliviana)”. *Cuadernos de Literatura 1*. La Paz: Carrera de Literatura, UMSA.

Otero, Gustavo Adolfo

1948 “Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas”. *La Razón* (La Paz), 25 de abril de 1948, segunda sección, pp. 1 y 3.

Paz Soldán, Alba María

2005 “Prólogo”. *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia*. Nataniel Aguirre. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Pp. ix-xxx.

Paz Soldán, Alba María y Blanca Wiethüchter

2002 *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. Tomo I. La Paz: PIEB.

Prada Oropeza, Renato

- 1979 “La literatura política de Augusto Céspedes”. *Texto Crítico. Revista del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana* (Xalapa), núm. 12 (enero-marzo): pp. 185-213.

Prada, Ana Rebeca

- 2012 “Conspiración moral y demolición: ‘El demoledor’ de Arturo Borda y la revolución de la conciencia en la literatura”. [2004]. *Escritos críticos. Literatura boliviana contemporánea*. La Paz: IEB / Carrera de Literatura / Sierpe. Pp. 91-144.

Prudencio, Roberto

- 1936 “El dandysmo y la personalidad de Alberto de Villegas”. *Alberto de Villegas (La Paz 1897-Gran Chaco 1934)*. La Paz: Imp. Artística.

Quiroga, Juan Carlos Ramiro

- 2012 “Apuntes sobre la poética de Jesús Urzagasti”. *El árbol de la tribu. Obra poética*. Jesús Urzagasti. La Paz: Plural editores. Pp.185-188.

Reinaga, Fausto

- 1964 *El indio y el cholaje boliviano. Proceso a Fernando Diez de Medina*. La Paz: Ediciones PIAKK.

Rivera-Rodas, Óscar

- 1978 *Cinco momentos de la lírica hispanoamericana: Historia literaria de un género*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura.

Roca, José Luis

- 2008 *G. René-Moreno, el hispanoamericano*. La Paz: Plural editores.

Rodríguez Márquez, Rosario

- 2008 *De mestizajes, indigenismos, neoindigenismos y otros: La tercera orilla. (Sobre la literatura escrita en castellano en Bolivia)*. Tesis doctoral. Pittsburgh: University of Pittsburgh.

Romero Pittari, Salvador

- 1998 *Las Claudinas: Libros y sensibilidades a principios de siglo en Bolivia*. La Paz: Caraspas.
- 2009 *El nacimiento del intelectual en Bolivia*. La Paz: Caraspas.

Saavedra, Bautista

- 1946 “La lengua de Adán” [c. 1930]. En: Carlos Medinaceli, *Medinaceli escoge. Prosa novecentista de Bolivia*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro. Pp. 61-75.

Salmón, Josefa

1997 *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia, 1900-1956*. La Paz: Plural editores.

Sánchez Bustamante, Daniel

1898 “Otro modernista boliviano” [1898]. Carlos Medinaceli, *Medinaceli escoge. Prosa novecentista de Bolivia*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro, 1967. 39-45.

Sanjinés, Javier

1992 *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*. La Paz: Fundación del Banco Hipotecario Nacional / ILDIS. Reeditado en 2017 por la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. La Paz: BBB.

Shimose, Pedro

1975 “Panorama de la narrativa boliviana contemporánea”. *Presencia Literaria*, *Presencia* (La Paz), 11 de mayo de 1975, pp. 1, 4.

Siles Salinas, Jorge

1969 *La literatura boliviana de la guerra del Chaco*. La Paz: Universidad Católica Boliviana.

Tamayo, Franz

1915 *Horacio y el arte lírico*. La Paz: Imprenta y Litografía Artística A. H. Otero.

1979 *Creación de la pedagogía nacional*. [1910]. *Obra escogida*. Selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio. Caracas: Ayacucho. Pp. 3-107.

Tamayo, Marcial y Adolfo Ruiz-Díaz

1955 *Borges, enigma y clave*. Buenos Aires: Nuestro Tiempo.

Torrice, Wilma

1985 “Índice bibliográfico de libros de crítica y ensayo literario bolivianos publicados entre 1960-1980”. *Tendencias actuales en la literatura boliviana*. Javier Sanjinés (ed.). Minneapolis y Valencia: Institute for the Study of Ideologies and Literature. Pp. 275-284.

Urzagasti, Jesús

2012 *El árbol de la tribu. Obra poética*. La Paz: Plural editores.

Unzueta, Fernando

2018 *Cultura letrada y proyectos nacionales*. La Paz: Plural editores.

Vaca Guzmán, Santiago

1883 *La literatura boliviana: Breve reseña*. Buenos Aires: Pablo E. Coni.

Vargas Sivila, Enrique

1951 “La traición del inconsciente: Las tres Claudinas, y una cuarta, en la literatura boliviana”. *Revista de la Universidad de San Francisco Xavier*, tomo XVI, núms. 37-38: pp. 33-50.

Vargas, Wálter I.

2010 “Los cuentos de escritores de Henry James”. *Ciencia y Cultura* (La Paz), núm. 25 (noviembre): pp. 9-22.

Vásquez Machicado, Humberto

1958 “En torno a la alquimia del padre Barba”. *Facetas del intelecto boliviano*. Oruro: Universidad Técnica de Oruro. Pp. 47-68.

Viaña, José Enrique

1950 “El hombre y la naturaleza en la novelística de don Jaime Mendoza. (Ensayo de interpretación)”. *Universidad*. Universidad Autónoma Tomás Frías (Potosí), núms. 30-31 (abril-diciembre, 1950): pp. 82-107.

Villamil de Rada, Emeterio

2016 *La lengua de Adán y El hombre de Tiahuanacu*. [1888]. Mauricio Souza Crespo, introd. y ed. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Villena Alvarado, Marcelo

2003 “Dura lex”. *Las tentaciones de San Ricardo. Siete ensayos para la interpretación de la narrativa boliviana del siglo XX*. La Paz: IEB. Pp. 408-419.

Wiethüchter, Blanca

1986 “Propuestas para un diálogo sobre el espacio literario boliviano”. *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh), núm. 134 (1986): pp. 164-180.

Zavaleta Mercado, René

1963 “Los mitos ávidos de *Sangre de mestizos*”. *Semanario Marcha* (Montevideo), núm. 1142 (25-1-1963): p. 22.

Sobre esta edición

Los 83 textos reunidos en esta *Antología de la crítica y del ensayo literarios en Bolivia* provienen de una diversidad de fuentes –libros, folletos, antologías, revistas y periódicos– y se inscriben en un considerable arco temporal: son publicaciones de 1834 a 2019 de autores nacidos entre 1783 y 1965. En cada texto hemos identificado, al pie página, con la mayor precisión posible, su primera publicación, algunas de las otras ediciones existentes del mismo y la edición usada en esta antología. Cada texto es además precedido de un breve texto introductorio del antologador.

Un buen número de los textos incluidos son de suyo ya antológicos, es decir, fragmentos que el antologador ha seleccionado de textos más extensos. Salvo al principio y al final de cada texto, los cortes y saltos introducidos por el antologador son indicados con tres puntos suspensivos entre corchetes rectos: [...].

En todos los textos se corrigieron erratas y errores y se modernizaron la ortografía y la puntuación. Se añadieron datos bibliográficos faltantes (en general, sin llamar la atención sobre esas adiciones) y se cotejaron las citas con sus fuentes. Las notas aclaratorias al pie fueron reducidas a una sola función: la traducción o explicación de locuciones extranjeras. Muy de vez en cuando, alguna interpolación en el texto –destinada a su mejor comprensión– se incluye entre corchetes rectos [/].

Al final del libro el lector puede encontrar, para su ilustración y solaz, dos extensas bibliografías complementarias: “Bibliografía general sobre literatura boliviana” (págs. 681-713) y “La crítica de la literatura en Bolivia (1834-2022). Bibliografía mínima por autores” (págs. 715-767).